

# VINDICACIÓN DEL ARTE CRISTIANO

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

## I. De las raíces del arte religioso

**E**s inmensa la repercusión del arte religioso dentro de la evolución histórica de las civilizaciones. Aunque en Occidente se tiene inclinación a soslayar la producción artística fuera de su ámbito cultural, nadie ignora que muchos siglos antes de la primera obra griega, India, China y el antiguo Egipto ya habían hecho gigantescos aportes culturales donde el arte religioso tuvo un lugar de privilegio. Después de la aparición del arte cristiano, la religión musulmana también ha contribuido de manera sustancial a la variedad de las concepciones del arte religioso. Por ende, cuando hablamos de religión y de arte surge de inmediato una compleja red de circunstancias y conexiones filosóficas, políticas, culturales, estéticas, técnicas y rituales, que se remontan a los orígenes de la sociedad y de la especie.

Sin embargo, religión y arte, representando campos diferentes, son términos tan arraigados en los misterios del alma que numerosos investigadores les relacionan en una mutua y constante *interfluencia*. Entonces, sin importar la variedad de las formas culturales de continentes y épocas, las primitivas huellas artísticas y las primeras expresiones mágico-religiosas de que se tienen noticia, al menos coinciden, fundamentalmente en un mismo principio comunicativo. Pero a la vez, en ese mismo principio se diferencian. El arte prioriza un cierto tipo de comunicación estética entre seres humanos y bajo determinado contexto social; en lo que la práctica religiosa, en tal sentido, organiza la comunicación del hombre con una Divinidad en sus diferentes



En el icono se sintetiza, de una manera artística, la experiencia religiosa.

concepciones politeísta o monoteísta según la concepción del sistema religioso al cual nos estemos refiriendo.

Entonces, como lo han develado los grandes maestros y los fundadores de las religiones monoteístas, si en la experiencia espiritual de la fe se concreta la búsqueda trascendental de la esencia de la vida, bajo el anhelo de la perfección interior y la eterna felicidad, en el arte se han hecho visibles los itinerarios espirituales de esas culturas o de individuos específicos. Abundan también los ejemplos, como en la poesía de místicos y profetas, donde las creaciones han nacido de la

profundidad de la vida religiosa. Desde esta instancia metafísica de las artes se evidencia mejor la necesidad inefable de redención, la reconciliación en Dios que es común a toda la humanidad. No han sido pocos los creadores de las diversas manifestaciones que a través de sus obras, muchas de ellas verdaderos hitos en el devenir del tiempo y aún en la contemporaneidad, han revelado, directa o implícitamente, esa búsqueda profunda y universal donde pueden borrarse fronteras culturales y teológicas. Pues ante la reelaboración ideológica de la experiencia humana,

a la cual hemos dado en llamar “obra de arte”, se puede observar cómo la humanidad ha colaborado secretamente en un trabajo que resume la tradición y el saber acumulados por miles de años y miles de hombres. De igual modo, estas “obras de arte”, aunque firmadas en muchos casos, pertenecen genuinamente al patrimonio universal de la especie.

Sin embargo, las fronteras que identifican el apetito insondable de salvación divina y la actividad comunicativa alrededor de la belleza, permiten estudiar la subordinación de la creación artística a las prácticas mágico-religiosas en una primera etapa, digamos, y la cooperación u oposición en etapas posteriores, debido a un enfoque laico o profano. El arte, o aquellas representaciones primigenias consideradas “arte”, en su aparición durante el Paleolítico se asocia a los cultos de la magia simpática, y luego a ceremonias religiosas más evolucionadas. Desde entonces, el rito, en cualquiera de sus estadios, exhibe estrechas relaciones con las diversas manifestaciones artísticas: literatura, pintura, escultura, orfebrería, artes decorativas, arquitectura, música, teatro dramático, danza. Hasta el cine, más lejos del culto, en sus casi cien años continúa visitando los temas religiosos, a veces con auténtica fe.

Como ha ocurrido con otras actividades imprescindibles para la supervivencia que estuvieron vinculadas de alguna forma al rito (economía, política, ciencia, tecnología...), la urgencia por conocer y transformar una realidad que descubrimos tras cualquier empeño noble, también animó lo artístico en aquellos primeros tiempos, incluso al no diferenciarse de lo mítico-ritual. Aún se desconocía el concepto de arte, y el rito, como una apropiación y transformación del mundo, tenía el mito como relato básico para organizar la ceremonia.

Pero no están tan lejos aquellos tiempos, el arte continúa siendo en medio de la sociedad post-industrial una técnica sublimada que, si bien no puede cambiar el mundo, sí puede penetrar en el corazón y la mente del hombre. Afortunadamente, es común que a las grandes creaciones le im-

pulsen posiciones humanistas en vez del egoísmo o la destrucción. La defensa de la vida nos dejó hermosos ejemplares como una contribución sacrificial y un estandarte clavado en lo más puro del hombre, en pos de su proceso de crecimiento individual y comunitario. Claro, también aparecen signos vergonzosos de degeneración y de muerte, pero las obras “afectadas” terminan por generar lecturas diferentes en otras circunstancias, o al cabo demuestran su falso valor. Porque el arte manifiesta, esencialmente, un acto de amor universal, y la civilización humana que lo produce no suele estancarse en meandros autodestructivos o tendencias suicidas.

## **II. Sobre el arte en el Cristianismo**

La variedad del arte cristiano se corresponde con las etapas históricas de la propia Cristiandad. El arte cristiano primitivo o paleocristiano, las etapas bizantinas e iconoclasta, el estilo pre-románico y el románico, el gótico, el arte propio del Renacimiento, del Barroco, del Siglo de las Luces y lo ocurrido al respecto en los siglos XIX y XX, dan una idea precisa de la amplitud de un fenómeno sobre el que no existen ni unidad de criterios ni modelos únicos. No hablemos ya de las múltiples perspectivas confesionales y estéticas que dentro del Cristianismo occidental y oriental se han tenido y se tienen alrededor de cuestiones tan delicadas como son la fabricación y utilización de imágenes sagradas, la inclusión de la música en el culto, la literatura religiosa y mística, el montaje de representaciones teatrales integradas a las celebraciones litúrgicas y la edificación de templos según la denominación cristiana.

Las sucesivas etapas del arte del Cristianismo y sus consideraciones, han conservado tres objetivos, jerarquizados o simultáneos, que están siempre presentes: cumplir una función pedagógica con respecto a la fe, decorar debidamente los espacios del culto u otros lugares donde se procura imprimir una huella espiritual y, además, favorecer el rito comunitario

o la oración personal. Como es evidente, se excluye del planteamiento anterior la idolatría por quedar fuera del espectro verdaderamente cristiano, en tanto constituye una operación desviada en varios aspectos al pretender atribuirle a la materia inerte cualidades, potestades y ofrecimientos que sólo pertenecen a Dios.

Por ello, desde las catacumbas, cuando los seguidores de Cristo se escondían del poder imperial romano, pasando por la notable interpretación que la pintura de vanguardia hizo de la Historia de la Salvación, hasta la divulgación que las verdades reveladas y el misterio mismo de la Encarnación están teniendo ahora mismo a través del cine contemporáneo, nos enfrentamos a un camino bimilenario que con aciertos y desaciertos mantiene el mensaje de Jesús en el centro de la cultura actual. Recordemos que la evangelización puede percibirse en las expresiones artísticas cristianas hechas bajo las idiosincrasias asiáticas, africanas y latinoamericanas, y no sólo bajo la europea, sin dudas el modelo inicial.

No obstante, una cosa es el arte religioso y otra el arte sacro. Arte religioso, en el caso occidental, puede ser cualquier obra que exprese un asunto y mensaje cristianos. Bastaría con presentar el tema, quizá con un enfoque cuestionable, para que se le considere religioso, aunque una auténtica mirada evangélica le reconozca cierta invalidez en tal sentido, por bien que el producto haya quedado en un nivel técnico-formal.

Por otra parte, el arte sacro constituye una noción mucho más precisa con respecto a la vivencia religiosa. Implica una experiencia personal del creador en su relación íntima con Dios, por la cual la obra nunca va a ser un simple empeño “subjetivo” ni producido por el ego del artista, sino abocado, mediante la disolución del yo, a la plasmación de la Presencia Divina. Es decir, el auténtico arte sagrado para el Cristianismo no buscó ni busca otra cosa que ser una puerta abierta mediante la clave evangélica de múltiples recursos tradicionales y no tradicionales, una convocatoria al encuentro personal de cada receptor

con la persona de Jesús, una invitación a través de la contemplación y de la participación sensorial, emocional, racional y espiritual en la oración cristificante.

El arte cristiano presenta un problema de amplias referencias culturales, socio-económicas y religiosas, en lo que el sagrado, aún dentro de estas coordenadas, define una expresión de alcance mayor que incumbe en su percepción la trascendencia divina del acto. Los estilos románico y gótico trazaron, a lo largo de siglos y países, un interesante arco en la asunción de lo sacro, donde la religiosidad tuvo implicaciones diferentes al mismo suceso entre ellos y con respecto al Renacimiento, en relación con la responsabilidad individual del artista. Del anonimato de buena parte del Medioevo pasamos a las vanidades en los inicios de la Modernidad, cuando el creador estampa orgullosamente su autoría y asume los riesgos. Dos hombres de los siglos XVI y del XVII, respectivamente, que reconocieron el verdadero arte cristiano, marcando con sendas conversiones un antes y un después en sus trayectorias, fueron el pintor italiano Sandro Botticelli y el dramaturgo francés Jean Racine.

El arte sacro cristiano suele estar vinculado a los cultos. El sentido de iconos en la Iglesia Ortodoxa es equiparable a los cantos gregorianos en la Iglesia Romana, o a las composiciones orquestales y las canciones en lengua vernácula que promovió la Reforma Luterana.

Con el transcurso del tiempo, dicha novedad influyó en el Catolicismo, celoso durante siglos en la conservación del latín como idioma eclesiástico.

La edificación de las bellísimas y antiguas catedrales junto a la concepción moderna de edificios destinados a la reunión de los fieles evangélicos, junto a la música de Johann Sebastian Bach, entre la de tantos otros compositores europeos excepcionales, destacan una unción y delicadeza que predisponen hacia el trato directo con el Supremo Creador.

En dirección opuesta, por ejemplo, muchas piezas de las artes plásticas que usaron motivos cristianos, sometidas a la paradójica intención sensorial de lograr una extrema verdad figurativa, y



**Templo dedicado a la Sagrada Familia, del arquitecto Antonio Gaudí, testimonio del cristianismo dentro de la arquitectura moderna.**

unido a la vaguedad temática que poseen, no tienen por qué considerarse siquiera verdadero arte religioso, sino creación profana disfrazada, o sincréticas en el mejor de los casos. Y en esta lección para todos los tiempos, ante el desvío de auténticas perspectivas religiosas, están de acuerdo cristianos de distintas iglesias.

Pero la gran paradoja ocurrió con la llegada de los experimentos y “desatinos” de los movimientos de la vanguardia a principios del siglo XX, que trajeron en las artes plásticas (Rouault, Dalí), en el teatro (Reinhardt, Claudel) y en la arquitectura (Le Corbusier, Gaudí) un renovado interés por la religiosidad cristiana.

Ocurrió que al huir de reflejos inmediatos de la realidad sensorial, integrantes de esas escuelas consiguieron, no obstante sus rebeldías extremas, resultados artísticos más alegóricos e intensos, reflejos ahora de una realidad también más interior.

### **III. Introducción a un debate actual en torno al arte cristiano**

Detrás de la concepción de arte cristiano subyace un debate centenario. Alrededor de la idoneidad de las realizaciones artísticas vinculadas a la

religión se levantan cuestionamientos morales o doctrinarios. Incluso entre católicos y ortodoxos no han faltado polémicas en torno a las escenificaciones de pasajes bíblicos dentro y fuera de los templos, o sobre qué es un culto idolátrico y qué no. La amplitud teológica, litúrgica y pastoral del problema del arte religioso sobrepasa las intenciones del presente artículo, pero no mencionarlo dejaría un vacío perjudicial para el ánimo constructivo de un posible diálogo, si se quiere, en clave ecuménica, de la religión con el arte.

Ahora bien, una abarcadora situación engloba en la actualidad este debate y ofrece una perspectiva diferente. El desarrollo alucinante de las tecnologías puestas en muy diversas manos, lo que en más de un aspecto plantea nuevos desafíos a los cristianos, obligan a re-pensar el aprovechamiento no ya del soporte científico-técnico que ofrecen tales progresos, antes exigen una postura ética frente a la utilización de medios y lenguajes. A pesar de que en cuanto a esto la posición de la Santa Sede ha sido precisa desde el siglo pasado, un amplio diapason de nuevas contingencias se abren, forzándonos a navegar a través de discursos de raíz cristiana sin serlo plenamente, otros de militancia anticristiana y unos pocos de filiación cristiana y católica. En los empeños evangelizadores y en el llamado universal a la santidad, el arte, en específico, y la cultura, en general, no pueden despreciarse ni subvalorarse como espacios urgentes de presencia y de diálogo.

A la luz de la actualidad mundial, el mensaje de Pablo a hebreos y a gentiles alcanza una extraordinaria importancia, en tanto su impacto misionero puede adquirir connotaciones sorprendentes al penetrar en ambientes e individuos que no han escuchado la Palabra de Dios o les ha llegado de manera distorsionada. Jesucristo, Divino Verbo encarnado misteriosamente por Voluntad del Padre del cual es Hipóstasis perfecta, se acercó a la humanidad para revelarnos el rostro de un Dios que es Amor.

Cristo desciende para divinizarnos, para señalarnos el camino hacia nues-

tra Casa del Cielo gastando su propia vida entregada al máximo posible de bondad y de belleza. Además, sus enseñanzas directas a los discípulos son una parte de la grandeza de Cristo-Artista, verdadero Dios en las circunstancias de un verdadero hombre. Porque con los sermones y gestos a las multitudes que le rodearon -a veces para aclamarlo, otras para condenarlo-, quizá en aquellas palabras escritas con el dedo en la tierra y que nadie leyó (Juan 8, 6), en los versículos bíblicos que citó como referencia a su Condición Mesíasica, con las parábolas que le sirvieron como preciosas metáforas para revelar, en la forma sencilla y honda de las anécdotas populares, las verdades del Reino, Jesús demostró, dicho en los términos de un hoy fascinado, cual nuevo Barroco, por el espectáculo y el audiovisual, que la base de la evangelización llega a ser un fenómeno de "comunicación pública" de implicaciones artísticas, "diseñada" en el Plan de Salvación.

No quiere decir esto que la evangelización actual dependa de un manipulador aparato escénico, pues si bien el periodismo y las comunicaciones sociales parecen ser las especialidades que más importan a tales efectos, en realidad y en última instancia el problema de la auténtica comunicación humana descansa sobre la sencillez de las relaciones interpersonales. Allí, el testimonio y el encuentro armónico de las almas termina por ser

más importante que los procedimientos y las teorías, pero sin sustituirlas. En ese acto complejísimo que es el intercambio de información, el arte suele brotar, de repente, dentro y entre los discursos sociales como ocurre con la publicidad. A quien lo dude, le bastará advertir que un artista no brinda formas, colores, sonidos o letras. En realidad, la intuición junto a la sensibilidad y la inteligencia deciden el modo en que brota el contenido del corazón. Y ya sabemos que de lo que abunde en ese corazón, hablará la boca.

Como el Señor creó al ser humano a su imagen y semejanza, y lo colocó sobre el resto de las criaturas de este mundo para que lo custodie y trabaje, al desplegar su capacidad de invención intelectual e insuflarle belleza participa del poder divino consumando un mandato de lo alto que lo convierte en colaborador. El artista, en su trabajo de amor, cumplido con la mayor impecabilidad y humildad posibles, es una imagen nítida del Dios Creador. De igual modo, todo hombre en el momento sublime de la creación se identifica con el Ser Divino que le otorga la condición de co-creador, y se complace ante los resultados conscientes, dignos, del ejercicio de esas cualidades psíquicas, físicas y espirituales que no quiso poner en ninguna otra de sus criaturas. Por tanto, no es difícil percibir en el mejor arte en general, y en el arte cristiano en particular, la inspiración de

Aquel que todo lo puede y, en definitiva, que habita detrás de todo cuánto existe por vía natural o cultural.

Los cristianos del presente, por lo regular, no tenemos que construirnos espacios secretos para el culto; no tenemos que re-inventar una iconografía poblada por peces, pajaritos al borde de las fuentes, ovejas con su pastor, cruces, palomas; tampoco estamos obligados a divulgar pasajes bíblicos a través de esculturas, pinturas al fresco ni hermosos vitrales que lleguen a convertirse en el libro sagrado de fieles analfabetos, ni siquiera inventar un oficio dramático con pequeñas representaciones instructivas asociadas a las celebraciones de Navidad y de Pascua de Resurrección. Todo ese patrimonio ampara nuestra vida de fe, pero a la vez nos estimula a desarrollarlo en consonancia con los tiempos. También debemos reconocer que nuestra presencia en todos los ambientes públicos y privados, incluyendo los predios del arte, ya sea como hacedores o público responsable, puede ser una vía para la manifestación de la Gracia. Sólo nos queda ser dóciles ante el gran regalo de la fe y los variados talentos que el Espíritu Santo, a la manera de dones, ha dispuesto sobre cada uno (y que no deben ser enterrados sino puestos al servicio de la Buena Nueva), escuchando la invitación, constante como las bendiciones, a apoyar y a laborar de millones de formas constructivas en las exigencias de la viña del Señor.



Los vitrales son importantes en la transmisión de la fe.

#### BIBLIOGRAFIA PRINCIPAL

*Estética y culto iconográfico*, Jesús Casás Otero, BAC, Madrid, 2003.

*Arte y fe. Congreso Internacional*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1995.

*La rama dorada*, James George Frazer, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1972.